

Salazar quedó en silencio por largo rato. Parecía vacilar entre dos resoluciones opuestas. Don Alonso le observaba con marcado interés, y procuraba como leer el pensamiento sobre aquella frente meditabunda.

Al cabo de unos cuantos momentos, Salazar preguntó:

—Y vosotros?.....

—Firmaremos también, replicó Estrada.

Salazar volvió á quedar pensativo: á poco, dándose una palmada sobre la rodilla, exclamó:

—Pero señor..... ese hombre es muy fuerte!

—Hé aquí la razón, dijo Estrada, por que necesitamos inutilizarle.

—Mas.....

—Os lo dije: se necesita un gran valor para esta empresa.

—Ah! no valor..... no..... me parece una temeridad. Ese hombre posee la fuerza de las armas, y la fuerza que da el cariño de una ciudad entera.....

—Es verdad; y lo sería, mientras permaneciésemos aislados; ¿pero qué vale, señor, el cariño de nadie, ni sus armas, si logramos fundir las legiones de Tapia con las de Benavides? Qué digo! si cualquiera de estos se atreve á darle un golpe, antes de ser diezmado por los combates, os juro que Rodrigo de Paz no le resiste. ¿Por qué no hemos dado ese golpe? Vos, señor, teneis las mismas razones que nosotros: si no le he dado yo, es porque vos os uniríais con Rodrigo de Paz para exterminarnos..... Ah! mas ahora, que á Dios le place armonizar nuestros intereses, podemos..... no es cierto?

Por tercera vez volvió Salazar á quedarse abstraído, y dejó pasar un largo intervalo de silencio; despues exclamó repentinamente:

—A ver!..... dadme esa orden.....

—Queréis que vaya de mi letra?.....—preguntó D. Alonso;—creo que es indiferente.

—Sí, sí..... entonces.....

—Queréis que os espere esta noche, ó preferís que yo vaya á vuestra casa?.....

—Oh! no..... yo vendré, y os traeré las dos firmas que necesitais..... Ahora, me resta conjuraros en nombre de nuestra vieja amistad y del honor, á que me digais si debo confiar en vuestros prometimientos.

—Señor!—exclamó Estrada;—os juro por Dios y por mi nombre que hoy se renueva en mí el afecto que nunca he dejado de teneros; y juro que podeis confiar en mí como en vuestro hermano.

Salazar por toda respuesta abrió los brazos. D. Alonso se precipitó en medio de ellos, y con un tiernísimo abrazo quedó sellado el juramento.....

.....

Quando D. Alonso volvió á reunirse con sus compañeros, y refirió quién era la visita, qué asuntos le trajeron, y lo que habian pactado: fué saludado por una salva de aplausos y de gustosas carcajadas. La comida se convirtió en festin, y el duelo en francachela.

Llegó la noche, y aun estaban en torno de la mesa, cuando Estrada volvió á ser llamado; y poco despues volvia á aparecer, llevando la orden de prision firmada por Salazar y Chirinos.

.....

Dos horas despues de estas escenas, un hombre llegaba á la casa de Beltrán, se inclinaba ante D. Pedro Negro-monte, y le decia con voz respetuosa:

- Señor..... estais servido.  
 —Bien está,—replicó Negromonte,—os doy las gracias.  
 —Mandais otra cosa?  
 —Nada; podeis iros.  
 El hombre aquel volvió á inclinarse, y desapareció.  
 Aquel hombre era Fray Roque.

## SEIS HORAS DE PRISION.

**A**l día siguiente reinaba en la ciudad una agitacion espantosa. Todas las casas se cerraban; los puestos del mercado se levantaban á toda prisa; los vecinos corrian á refugiarse con la misma premura que si les amenazase un chubasco; no se oían por las calles, sino carreras, gritos de alarma, llores de niños y mujeres, y toquidos desesperados en las puertas. A la voz de *quién?* pronunciada tras de los zaguanes con un acento trémulo de pavor, replicaba otra voz desde afuera: *abre!* que parecia salir de una fosa del cementerio. Entonces por un extremo de la calle se escuchaba rumor de caballerías. Un nuevo grupo de vecinos aparecia, buscando un punto por donde escaparse; ondulaba un momento, y se desparramaba; pero en el otro extremo se dejaban oír otros rumores siniestros, y entonces el grupo se apiñaba contra las paredes, dando alaridos de terror que penetraban en las casas, haciendo temblar á los de adentro.